

característica más esencial: la idealización del moro. *El Abencerraje* surgió como consecuencia de la nueva valoración de los moros como tema literario después de consumada la reconquista: su anónimo autor dio forma novelística a las idealizaciones literarias del moro divulgadas anteriormente en el romancero. La visión de los moros que se halla en *El Abencerraje* responde a una idea poética, puramente literaria, de este pueblo. La nobleza y alteza de sentimientos de los protagonistas les dan una aureola de irrealidad parecida a la de los libros de caballerías. Abindarráez es un modelo de virtudes caballerescas: es enamorado, leal y valiente, y su palabra vale como el oro; Jarifa es hermosa y rendida de amor por su galán. O mejor dicho, son Amadís y Oriana en traje morisco, pues de morunos no tienen más que el atuendo. Hasta la figura del personaje histórico, Rodrigo de Narváez, está bañada con la misma luz desrealizadora, en vez de resaltar nítidamente con sus atributos verdaderos sobre el fondo de brumosa idealidad que infunde la obra. También son prototipos de caballería y bizarría los moros de Ginés Pérez de Hita.

En *Ozmín y Daraja* tenemos una visión muy distinta del moro; aquí faltan por completo las falsas idealizaciones renacentistas. Ozmín y Daraja son de dimensiones puramente humanas; son flacas figuras sujetas a las limitaciones y debilidades del ser humano común y corriente. Mientras que Abindarráez siempre se mantiene dentro de los límites de la más rigurosa caballería y goza del aprecio y respeto de sus enemigos, quienes reconocen a un igual en él, Ozmín tiene que recurrir a expedientes humillantes, como el mentir, y rebajarse a oficios propios de villanos¹. El Abencerraje puede vanagloriarse de su raza y su ley, pero el pobre Ozmín debe ocultar sus sentimientos íntimos y, renegando de su ley, hacerse pasar por lo que no es: un cristiano viejo. En cuanto a valentía, Ozmín sobresale en los juegos y justas, pero no realiza hazañas verdaderamente sobrehumanas en el campo de batalla, como Abindarráez. Para apreciar la enorme distancia que media entre

a los héroes de las dos novelitas: «...les héros sont des modèles de constance, de fidélité, de gentillesse aussi. Ils ont toute la grâce de la jeunesse, le prestige de la noblesse; lui la valeur; elle la beauté... Ils ont en plus l'auréole du malheur. Ils sont des vaincus, des prisonniers même...» (*BHi*, XLIV, p. 99). Pero esta misma descripción puede aplicarse igualmente a los héroes de la novela griega, con quienes Ozmín y Daraja tienen más estrecho parentesco, como veremos en seguida. El que Ozmín y Daraja se hayan amado desde la niñez puede ser una imitación de *El Abencerraje*, que es, a su vez, probablemente un recuerdo de la leyenda de Píramo y Tisbe o de *Dafnis y Cloe*, como señala CIROT (*BHi*, XL, p. 296).

¹ Recuérdese que Teágenes también tiene que desempeñar oficios bajos como esclavo en el servicio del palacio real (*Historia Etiópica*, pp. 285 y ss.).

los dos, basta comparar un episodio que Alemán adaptó de *El Abencerraje* con el original: al ir en busca de su amada, Ozmín es hecho prisionero por un cristiano, como lo había sido el Abencerraje. Pero ¡qué diferencia en las circunstancias de la captura! El Abencerraje sufre derrota a manos de Rodrigo de Narváz sólo después de haber vencido a cinco cristianos, y su vencimiento se debe, en gran parte, al cansancio. En contraste con esta lucha de dimensiones épicas sostenida por el Abencerraje, Ozmín se deja prender, junto con su escudero, sin oponer la menor resistencia: «Pues así como los viese [el capitán], los prendió» (p. 183). Esta pasividad denuncia la ascendencia griega de Ozmín; recordemos que, durante sus peregrinaciones, Teágenes es capturado por un enemigo tras otro, generalmente sin intentar defenderse¹. Es sumamente sintomático el que Alemán sobreponga características de la novela griega a un episodio tomado de *El Abencerraje*. En este detalle se aprecia hasta dónde el escritor barroco rechazó todo lo que fuera idealización renacentista. El final del episodio ilustra a las mil maravillas el contraste entre el idealismo característico del Renacimiento y el desengaño del Barroco. En *El Abencerraje* Rodrigo de Narváz se muestra generoso hasta la magnificencia con su cautivo: a cambio de una promesa de volver dentro de tres días, permite al moro enamorado acudir a la cita con que le favoreciera su amada, y luego allana el camino para que puedan casarse y los colma de dádivas. Compárese este episodio en que todos compiten en superarse en magnanimidad con la sórdida mezquindad humana retratada en *Ozmín y Daraja*: se le hace evidente a Ozmín que su apresador busca un soborno («Solo fué su pretensión que... le quebrara los ojos con algunos doblones...» ([p. 184])), y, una vez que el moro ha satisfecho su codicia, el capitán le deja seguir su camino sin importarle nada el cumplimiento de su deber como guardián de la frontera. Pero por lo visto no acaban ahí los trabajos de Ozmín, pues dice el autor con obvio tono de desengaño: «Con estas y otras desgracias llegaron a Sevilla...» (p. 185). Después de comparar estos dos episodios, que deben considerarse como pasajes claves para la comprensión de los distintos matices de la novela morisca, resulta difícil aceptar el optimismo y el idealismo (cualidades renacentistas) como lo más característico de *Ozmín y Daraja*.

Otro rasgo que pone de manifiesto las características esencialmente renacentistas de *El Abencerraje* y las barrocas de *Ozmín y Daraja* es su tratamiento del tema religioso. En *El Abencerraje* el espíritu caballeresco y de tolerancia tiene primacía sobre los afanes religiosos; la sim-

¹ Por ejemplo, véanse las pp. 183-185 y 328-329.

patía por los moros no repara en la diferencia de fe, y ni siquiera hay alusión a ello. En cambio, uno de los motivos principales de *Ozmín y Daraja* es la preocupación de los cristianos por la salvación del alma de los protagonistas moros, pues aquéllos dan por sentado que el cristianismo es la única fe verdadera. A lo largo de toda la novelita, los Reyes Católicos tienen la esperanza de que Daraja se convierta al cristianismo (pp. 179, 203, 244). Don Rodrigo y los otros pretendientes cristianos de Daraja expresan el mismo deseo, y está claro que su conversión sería un requisito para casarse con ellos (pp. 197, 198). Los padres de Ozmín y Daraja piden ser bautizados al rendirse sus ciudades a los cristianos, como quienes se convencen súbitamente del error de su ley (p. 237). Cuando Ozmín va a ser ajusticiado, el público de Sevilla trata de persuadirle a que se confiese y no pierda «el alma con el cuerpo» (p. 243) ¹. Por toda la obra el tema de la redención de los enamorados corre paralelo al tema de sus tentativas de reunirse, hasta que los dos hilos convergen en el desenlace final, en presencia de los reyes. Los esfuerzos de los cristianos por convertir a Ozmín y Daraja son tan persistentes y resultan tan infructuosos como los esfuerzos de los moros para reunirse, hasta el momento en que los Reyes Católicos salvan la vida de Ozmín, y Dios, mediante su gracia, salva el alma de los dos, permitiéndoles ver la «verdadera luz» (p. 245) ².

Cuando se tiene en cuenta la importancia que el tema religioso posee en su obras ³, resulta lógico que Alemán, imitando el final de la *Historia Etiópica*, utilizara la técnica del *deus ex machina* para solucionar los problemas de Ozmín y Daraja. La intervención de los Reyes Católicos (nótese lo apropiado del epíteto) para salvar el cuerpo de los enamorados refleja la intervención divina para salvar su alma. Lo inverosímil de

¹ Otro indicio de la mutua intolerancia religiosa entre cristianos y musulmanes es la siguiente afirmación de Daraja, hecha cuando inventa la historia de su ficticio «esposo» moro y un «cautivo» cristiano, criado de aquél: «Ambos en todo tan conformes, que la ley sola los diferenciaba; que por la mucha discreción de ambos nunca della se trataron por no deshermanarse» (p. 195).

² Hay una curiosa coincidencia entre el final de *Ozmín y Daraja* y el de la *Historia Etiópica*, donde dice Cariclea: «...si por la clemencia de los dioses éste, mi cuerpo, ha sido librado, por la misma clemencia sea también librada mi alma...» (p. 400). Claro que aquí «mi alma» significa su amante Teágenes, pero el pasaje se presta para una interpretación alegórica y bien puede representar otro ejemplo de la influencia de Heliodoro sobre Alemán.

³ También hay gran interés por la religión en la *Historia Etiópica*: Teágenes y Cariclea son sacerdotes (igual que unos personajes secundarios, como Calasiris y Tiamis), y hay frecuentes descripciones de los sacrificios y prácticas religiosos (pp. 44-45, 113-123, 190, 259-260, 263-265, 345-347, 375-385, 400-401, 426).

la primera situación está como amortiguado por la segunda situación, pues nadie se atrevería a poner en tela de juicio la verosimilitud de la intervención divina, aun cuando se trata de un suceso sobrenatural. En otras palabras: la intervención de los reyes, solución del *deus ex machina*, viene a participar, por contagio, de la aureola sagrada de la conversión ¹.

Creo que a través del presente estudio hemos demostrado que no hay en *Ozmín y Daraja* un tema unitario, como en la novela griega o morisca, sus modelos principales, sino un tema bipartito: la reunión de los novios (tema pagano) y su unión con Dios (tema divino). Esta es la misma dualidad que encontramos en el *Guzmán de Alfarache*: por un lado, el gusto por la aventura; por otro, la preocupación religiosa. Es fácil demostrar que también existe un paralelismo de estructura entre las dos obras. En el *Guzmán* el protagonista arrostra una larga serie de peripecias, y éstas le dan al autor la oportunidad de hacer reflexiones moralizadoras e intercalar digresiones expresivas de su misantropía. El procedimiento de Alemán es presentar algún acto de maldad dentro de la acción y luego comentarlo. En *Ozmín y Daraja* hallamos este mismo procedimiento. A todo lo largo de la acción se dan ejemplos de la maldad humana, seguidos de su correspondiente consideración moralizadora: la venalidad del capitán, que sólo busca un soborno (pp. 184-185); el recelo y curiosidad malsana que existe en todas partes hacia los forasteros (pp. 185-186); la envidia que le tienen a Ozmín sus compañeros de trabajo (p. 187); las murmuraciones en torno a las relaciones de Daraja con el jardinero (p. 191); la impunidad con que la gente principal puede cometer tropelías (p. 206); la hipocresía en el trato social (p. 207); y el odio de la gente villana a la noble (pp. 232-236) ². La complejidad de estructura, típica del Barroco, contrasta mucho con la sencillez renacentista de *El Abencerraje*, el modelo principal de *Ozmín y Daraja* dentro del género morisco. En cuanto a conte-

¹ Como ha señalado MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL (*HR*, XXVIII, p. 351), la conversión de los moros era cosa obligada en la presentación española del Siglo de Oro. Pérez de Hita fue el que inició esta convención en la novela. MORENO BÁEZ ha comparado la rapidez de la conversión de los moros en las *Guerras civiles* y *Ozmín y Daraja* con la rapidez con que se cambian en la *Diana* los afectos de los enamorados por medio del agua de la sabia Felicia (*Lección y sentido*, p. 184). Pero hay que advertir que en las *Guerras civiles* no hay nada que prepare la conversión de los Zegríes, mientras que en *Ozmín y Daraja* se trata de la culminación de un tema fundamental, como ya hemos visto.

² Mateo Alemán tenía un lejano precedente para sus moralizaciones en la *Historia Etiópica*, donde, a cada paso, se extraen enseñanzas morales de las situaciones novelescas; por ejemplo: «—No nos desamparó del todo la justicia —dijo él entonces—, según la sentencia de Hesiodo, antes, aunque parece que alguna

nido ideológico, el contraste entre el sombrío desengaño presente en *Ozmín y Daraja* y la optimista alegría de *El Abencerraje* nos ofrece una comparación muy interesante del tratamiento de un mismo tema por un escritor del Renacimiento y otro del Barroco.

Resumiendo en pocas palabras: diremos que *Ozmín y Daraja* no es una novela morisca común y corriente, por el estilo de *El Abencerraje* y las *Guerras civiles de Granada*. Mientras que el contenido de estas últimas novelas se reduce a una visión completamente idealizada del moro de Granada, *Ozmín y Daraja* pretende ser algo mucho más profundo y edificante (aunque es igualmente superficial en su presentación de lo morisco). A través de sus páginas conocemos la historia de dos desdichados amantes moros, quienes, al igual que los héroes de la novela griega, pasan por infinitos trabajos en un vano intento de unirse. Pero sus trabajos tienen un propósito divino, pues así es como Dios ha querido traerlos al conocimiento de la verdadera religión.

Al contrario de lo que se ha dicho en estudios anteriores, *Ozmín y Daraja* dista mucho de ser un remanso de optimismo e idealismo (características renacentistas) intercalado en un libro sombrío y pesimista (características barrocas). Nuestro análisis ha revelado que en *Ozmín y Daraja* se encuentran, en forma abreviada, los mismos temas de pesimismo y desengaño que en el cuerpo del *Guzmán de Alfarache*. Se puede decir que *Ozmín y Daraja* es una obra optimista en el sentido de que el esfuerzo y la virtud triunfan en un desenlace feliz; pero este mismo final feliz es una píldora dorada, pues al lado del logro de los deseos terrenos (el casamiento de los dos moros), tenemos la lección moralizadora (su conversión al cristianismo). Precisamente en esto consiste el atractivo de Mateo Alemán para su época: sabe embelesar con la narración de aventuras entretenidas al tiempo que enseña lecciones de moral. En el *Guzmán* el velo que cubre las enseñanzas morales son las aventuras picarescas; en *Ozmín y Daraja*, son las peregrinaciones de dos leales amantes y las descripciones de fiestas de toros, juegos de cañas y justas. En ambos casos Alemán explota, como hábil narrador, los géneros literarios de moda en su época —el picaresco, el morisco y el griego— pero siempre adaptándolos a sus propios fines artísticos.

DONALD MCGRADY

Universidad de California, Santa Bárbara.

vez disimula con las ofensas de los hombres dilatando el castigo por largos tiempos, empero en tan nefandas maldades echa luego su ojo de venganza áspero y cruel, como agora hizo castigando a la malvada Deméneta...» (pp. 32-33).